

SARAH HEPOLA

Lagunas

Recuerdo lo que bebí para olvidar

Traducción de ENRIQUE ALDA

ÍNDICE

PRELUDIO

LA CIUDAD DE LA LUZ, 9

INTRODUCCIÓN

MUJERES QUE BEBEN, 13

PRIMERA PARTE

UNO

LA LADRONA DE CERVEZA, 35

DOS

MUERTA DE HAMBRE, 55

TRES

VESTIDA DE HOMBRE, 75

CUATRO

BEBER MÁS EN EL TRABAJO, 91

CINCO
EL DESCONOCIDO, III

SEIS
LA VIDA QUE SIEMPRE HAS DESEADO, 131

INTERLUDIO
EL COMIENZO, 145

SEGUNDA PARTE

SIETE
¿NO HAY OTRA FORMA?, 151

OCHO
TODOS SE SINTIERON TERRIBLEMENTE
INCÓMODOS, 169

NUEVE
ATRACÓN, 187

DIEZ
SEXO, 199

ONCE
LA BALADA DEL PODER, 219

DOCE
ESTE ES EL SITIO, 231

Para el que lo necesite

PRELUDIO

LA CIUDAD DE LA LUZ

ESTOY EN PARÍS HACIENDO un trabajo para una revista, así de fantástico. Ceno en un restaurante tan exquisito que tengo que reprimir las ganas de dejar caer el tenedor al suelo para ver lo rápido que lo recoge algún camarero. Tomo coñac —la bebida de los reyes y las estrellas del rap—, y me encanta la forma en que encaja la copa entre los dedos, cómo choca el líquido ambarino contra las paredes mientras la muevo dibujando un ocho. Es como arremolinar el océano en la palma de la mano.

A eso de la medianoche subo a un taxi con mi amiga y la noche empieza a tartamudear y balbucir. Se inclina hacia mí, el pañuelo le cubre parte de la cara. Hace frío y nos apretamos en el asiento de escay, demasiado perjudicadas para preocuparnos por la intimidad de nuestras piernas. Las calles se desdibujan al otro lado de la ventanilla. El taxímetro es una borrosa mancha roja. ¿Cómo hemos vuelto tan rápido? Hace un segundo estábamos riéndonos en el taxi y ahora estoy en la calle, sola.

Atravieso la puerta del hotel y me ciega el resplandor del vestíbulo. Mis tacones resuenan en las blancas baldosas. Es esa hora de la noche en la que hay cáscaras de plátano por todas partes y, si no tengo cuidado, acabaré con la cara en el suelo y las manos a la es-

palda, y tendré que explicarle al conserje que soy muy torpe y muy graciosa. Así que camino con un cuidado que espero no se note.

Intercambio los cumplidos de rigor con el conserje, un poco de teatro para demostrar que no estoy demasiado borracha, y me enorgullezco de lo firme que suena mi voz. No quiero que piense que soy otra americana totalmente cogorza en París. Lo último que oigo es el eco de los tacones, constante como un metrónomo, retumbando en el vestíbulo. Y después ya no recuerdo nada. Nada de nada.

A veces me pasa. En medio de una escena cae el telón y me deja minutos, en ocasiones horas, a oscuras. Aunque cualquiera que me viera no se daría cuenta. Simplemente vería a una mujer caminando, sin saber que su memoria acaba de partirse por la mitad.

A lo mejor no sabéis de lo que estoy hablando. Quizá sois de los que bebéis con moderación, de los que se toman un par de copas de vino a traguitos y os vais de las fiestas a una hora prudente. Quizá sois de esas personas afortunadas que pueden pasarse toda la tarde sorbiendo whiskey sin desaparecer en el vaso. Pero si sois como yo, conoceréis la fulminante sensación de despertarse y descubrir que, donde debería haber algunas de las escenas clave de la noche anterior, solo hay un espacio en blanco. Mis noches están llenas de trampillas.

No sé cuánto tiempo pierdo en esa oscuridad. Ni qué pasa. Cuando el telón se levanta, esto es lo que veo:

Hay una cama, estoy en ella. La luz es tenue. Tengo las sábanas alrededor de los tobillos, suaves y frías al contacto con la piel. Estoy encima de un tipo al que no he visto jamás, y estamos follando.

¡Un momento! Eso no puede ser. ¿Estoy follando con un desconocido? Es como si el universo me hubiera introducido en el cuerpo de otra persona. En la vida de otra persona. Aunque parece que me lo estoy pasando bien. Dejo escapar los sonidos adecuados.

Cuando consigo enfocar la habitación, mi cuerpo finaliza la parodia erótica. Me dejo caer a su lado y enrosco las piernas en las suyas. Me pregunto si debería preocuparme, pero no tengo mie-

INTRODUCCIÓN

MUJERES QUE BEBEN

TENÍA TREINTA Y TRES años y estaba tumbada en el futón a mediodía viendo un programa de entrevistas, porque podía. Era una escritora autónoma y estaba de resaca. ¿Quién iba a impedírmelo?

En el programa hablaban de GBH y Rohypnol, las drogas de las violaciones. Estábamos en el 2007, pero llevaba oyendo hablar de ellas desde finales de los años noventa, unas sustancias inodoras e incoloras que se echaban en las bebidas para anular la memoria, algo que parecía salido de una película de ciencia ficción. Hacía poco había visto una película de suspense en una cadena de series en la que a la heroína le echan una rula en la copa y se despierta en casa de un tipo muy peligroso. De vez en cuando, mis amigas más madrazas (incluida mi madre) se inquietaban porque esa amenaza invisible pudiera cernirse sobre mí. La presentadora del programa, sin ir más lejos, estaba preocupadísima: «Señoras, tapen sus copas».

Mi problema con la bebida era diferente, aunque no habría utilizado la palabra «problema», al menos no sin comillas. Un día me desperté en el apartamento de un inglés muy atractivo. El colchón hinchable tenía un agujero y rozaba el suelo con el culo, como si estuviera en una hamaca de plástico. Lo último que recordaba de la noche anterior era haber acompañado al metro a mi amiga

Lisa. Me agarró las manos y me dijo: «No te vayas con él». A lo que contesté: «Te lo juro». Después volví al bar y aquel tipo pidió otra ronda.

Era la clase de diversión que deseaba en Nueva York, la clase de emociones que esperaba tener cuando me fui de Texas con treinta y un años en un Honda cargado de libros y el corazón roto. Sabía que la ciudad no era la fantasía que se veía en las encantadoras películas de Audrey Hepburn, en las historias de enamorados de Woody Allen o de las cuatro elegantes damas de *Sexo en Nueva York*. Quería vivir mis propias películas y para mí el alcohol era la gasolina de toda aventura. Las mejores noches eran aquellas de las que al día siguiente te arrepentías.

«He estado follando con un inglés y me he despertado en un colchón inflable deshinchado», le dije en un mensaje de texto a mi amiga Stephanie.

«¡Felicidades!», me contestó.

«¡Fantástico! ¡Genial! ¡Claro que sí!», era el tipo de respuestas que recibía de mis amigas cuando les contaba mis escapadas étlicas. La mayoría estaban casadas. A veces se preguntaban cómo se sentirían a los treinta si no tuvieran compromisos y pudieran perderse en la ciudad a las dos de la mañana e inclinar el ancho borde de una copa de cóctel hacia el cielo para atrapar todo lo que cayera en ella.

Ser soltera a los treinta estaba bien. No me sentía muy sola: en aquellos tiempos había muchos programas de telerrealidad, de diseñadores, de chefs, de músicos famosos que salían con mujeres que querían ser famosas... Aquel programa sobre las pirulas pretendía hacernos creer que ser soltera era peligroso y que había que estar atenta a todas horas, pero por entonces era insensible a las alertas terroristas. Por muchos horrores que hubiera en el mundo, estaba segura de que las drogas de diseño no eran mi problema.

Un día me puse tan pedo que me desperté en la manta del perro en casa de un desconocido.

—¿Crees que te drogaron? —me preguntó mi amiga.
—Sí —respondí—. Creo que alguien me sirvió diez copas.

A MENUDO los libros sobre alcoholismo hablan de mujeres que «beben a escondidas». Esa ha sido la línea argumental durante décadas. Botellas escondidas detrás de una maceta y tragos con manos temblorosas cuando no mira nadie, porque «la sociedad no ve con buenos ojos a las mujeres que beben».

Yo las admiraba. Estaba del lado de las rebeldes, de las que fumaban, de las que llevaban pantalones, de las que mantenían a raya la historia. En la universidad bebíamos como los chicos. Después de la universidad íbamos a los tugurios con los amigos y luego, cuando todo el mundo empezó a ganar dinero y disfrutaba de la libertad de no tener hijos, bebíamos botellas de cabernet mientras nos deleitábamos con auténticos banquetes y hablábamos sobre las marcas de tequila más suaves.

Antes de cumplir treinta me uní a un club de lectura. Se llamaba Brujas y Libros, algo que en aquellos tiempos sonaba divertido. Nos juntábamos una vez al mes y sosteníamos sobre las rodillas unos platitos con queso *brie* y galletas saladas mientras hablábamos de Ann Patchett y Augusten Burroughs, y bebíamos vino. Ríos de vino. Cataratas de vino. Vino y confesiones. Vino y sororidad.

El vino se había convertido en el aglutinante social, en el mecanismo de nuestra vinculación. Necesitábamos el vino para cerrar las puertas a los martillos neumáticos de nuestro perfeccionismo y liberar los secretos que llevábamos dentro. El vino era el eje de las cenas y las fiestas en casa. Era un requisito para las actividades laborales y festivas. Por no hablar de las despedidas de soltera. Los amigos empezaron a trasladar las bodas de las iglesias a restaurantes y bares en los que se servía champán incluso antes de que

PRIMERA PARTE

UNO

LA LADRONA DE CERVEZA

CRECÍ EN DALLAS, TEXAS, sin saber por qué. En las novelas y en las revistas cursis para adolescentes que leía, la gente importante vivía en California y la costa este, en rutilantes ciudades en las que individuos como Jay Gatsby o John Stamos podían triunfar. Cuando me obsesioné con Stephen King empecé a soñar con irme a Maine. En Maine sí que pasaban cosas, pensaba, sin darme cuenta de que esas cosas pasaban porque Stephen King hacía que pasaran.

En 1970 mi padre era ingeniero en DuPont Chemical, pero una crisis de conciencia cambió la trayectoria de nuestra familia. El movimiento ecologista empezaba a despuntar y mi padre quería estar en el lado correcto de la historia, el de limpiar el planeta, no en el de contaminarlo con más toxinas. Aceptó un trabajo en la floreciente Agencia de Protección Ambiental, que estaba abriendo delegaciones en todo el país, y en 1977, cuando yo tenía tres años, nos trasladamos de un pintoresco barrio de Filadelfia a las afueras de Dallas, una ciudad tan alejada de lo que conocíamos como podía estarlo Egipto.

A menudo me preguntaba si mi vida habría sido muy diferente de habernos quedado donde nació. Cuánto de mis problemas posteriores o de mi sensación de extrañamiento se debía a ese simple cambio de escenario, a pasar de las frondosas y soleadas calles cer-

canas a nuestro apartamento en Pensilvania al abrasador cemento y las sinuosas autopistas de la Gran Dallas.

Mis padres alquilaron una casa pequeña en una concurrida calle del barrio que contaba con la mejor escuela pública de la ciudad. Aquel distrito también era famoso por otras cosas, aunque tardamos tiempo en enterarnos: chicas de sexto de primaria con bolsos Louis Vuitton de tres mil dólares, viajes a segundas residencias en Aspen o Vail para ir a esquiar, una fila de BMW y Mercedes en la puerta del colegio. Mientras, nosotros íbamos en una furgoneta abollada con el revestimiento del techo sujeto con grapas y cinta aislante. No teníamos nada que hacer en ese entorno.

Muchos padres intentan corregir los errores de su pasado, pero acaban cometiendo nuevas equivocaciones. El mío creció en una vivienda de protección oficial en Detroit. Mi madre se preguntaba qué podría haber conseguido si el colegio no hubiera mermado su inteligencia. Querían que sus dos hijos tuvieran más oportunidades y por eso se mudaron a una zona en la que todos los jóvenes iban a la universidad, tan aislada de los peligros de la gran ciudad que la llamaban la Burbuja.

El barrio era el perfecto ejemplo de la anticuada cultura norteamericana: casas de ladrillo rojo de dos pisos y niños vendiendo limonada en la esquina. Mi hermano y yo íbamos en bicicleta al centro comercial que estaba a kilómetro y medio de casa para comprar gominolas y trucos de magia, sacábamos sobresalientes y estábamos a salvo. De hecho, la única ladrona que conocía era yo.

Era una mangui de poca monta. En secundaria iba a Woolworth's, me metía pintalabios y polveras en el bolsillo y sonreía al dependiente cuando salía. Todos los niños fuerzan los límites, pero había algo más: en el centro de la tierra de la abundancia, no podía librarme de la idea de que lo que había recibido no era suficiente. Así que «tomaba prestada» ropa de los armarios de otras chicas. Me traía un trapicheo constante con el Columbia Record

& Tape Club que implicaba cambiar de nombre cada vez que me hacía socia. Pero lo primero que recuerdo que robé fue cerveza.

Empecé a dar tragos de las latas medio llenas de Pearl Light que había en el frigorífico cuando tenía siete años. Iba de puntillas a la cocina en camisón, tomaba dos buenos tragos cuando nadie me veía y daba vueltas por el cuarto de estar riéndome y chocando contra los muebles. Era mi propio carrusel.

Posteriormente, me enteré de historias de niñas de esa edad que estaban descubriendo sus cuerpos. El cabezal de la ducha entre las piernas. El roce contra una almohada cuando se apagan las luces. «¿No lo hacías?», me preguntaba la gente, sorprendida y quizá un tanto apenada por mí.

Pero yo buscaba que se me acelerara el corazón en otros sitios. Una botella de jerez para cocinar debajo del fregadero. Una botella de Cointreau con costra en el tapón por no usarse. Aunque nada sabía tan bien como la cerveza. La efervescencia. El gancho de izquierda. El «maravilloso subidón».

En el instituto las chicas se quejaban de la cerveza —de lo vulgar y amarga que les parecía, de que apenas podían beberla— y me quedé sorprendida, como si echaran pestes del chocolate o de las vacaciones de verano. El sabor de la cerveza se había instalado en mi ADN.

EL TRASLADO a Dallas fue duro para todos, pero quizá más para mi madre. La primera semana estuvo catatónica. Era una mujer que había viajado sola por Europa y a la que habían votado como la estudiante «más optimista» de su clase en el instituto, pero se pasó los primeros días de nuestra nueva vida sentada en el sofá, incapaz de ir al garaje a buscar una pantalla para una lámpara.

DOS

MUERTA DE HAMBRE

UNA DE LAS COSAS más curiosas de secundaria es lo mucho que se siente el dolor, por mundana que sea la pena: un par de vaqueros mal elegidos, un apellido impronunciable o que uno de los chicos más populares de clase te lance por la espalda una bola de papel durante una reunión. ¿Ha sufrido alguien tanto alguna vez? Mi madre solía decirme que todos los niños tienen problemas. Incluso los matones. «Es una etapa muy dura», aseguraba chasqueando la lengua, como si estuviera hablando de Etiopía. Era una forma delicada de ver las cosas, imagino, pero estaba segura de que mi desgracia era peor que la de los demás.

En sexto volvía a casa sola todos los días. Durante las tranquilas horas antes de que llegara mi hermano de jugar al fútbol y mis padres del trabajo, buscaba nuevos tipos de consuelo en los armarios: galletitas Graham, trozos de queso cheddar fundidos en el microondas durante siete segundos exactamente, el momento preciso en el que los lados empiezan a hundirse... Los sorbos de cerveza ya no bastaban. Necesitaba los efectos insensibilizadores del azúcar y la sal.

Darse un atracón en una casa como la mía no era fácil. Había que ser creativo. Mi madre compraba mantequilla de cacahuete natural, pero si se mezclaba con una cucharada de melaza se con-

seguía algo parecido a una chocolatina de mantequilla de cacahuete. En el cuarto estante de la despensa había cuatro tubos de glaseado y me echaba un chorrito en la boca todos los días.

Pero mi nuevo consuelo también acarrearba un nuevo dolor. Un día, mientras veía *Oprah* en el sofá, mi hermano me dijo: «Estás gorda». Para entonces ya no hablábamos mucho, se limitaba a su habitación y a su Judas Priest. Pero tenía un dispositivo de búsqueda perfecto para encontrar la fibra sensible. «Gorda» era la palabra más despreciable que podía decirse a una chica. Lo peor del mundo.

Empecé a hacer dieta en primero de secundaria. Mi almuerzo en la cafetería se redujo a lechuga con aliño ranchero bajo en calorías. Me atiborraba de Coca-Cola Light. Tres y cuatro diarias. Después de las clases daba pasos de baile mientras miraba los ejercicios de aeróbic de Kathy Smith. Me ceñí a las cenas congeladas de Lean Cuisine: *pizza* de queso, canelones de queso y lasaña de queso (los mismos ingredientes, pero preparados de distinta forma). La locura de las dietas de los años ochenta se convirtió en un tornado nacional que dejó calentadores y maillots a su paso. Incluso mi madre, que era de las de las cooperativas de alimentos, compró un libro en el que aparecía un listado de calorías, y memoricé aquellas entradas como si fueran pasajes bíblicos. No podría decir mucho sobre Juan 3,16, pero sé que una magdalena de arándanos tiene cuatrocientas veintiséis calorías.

La pena que causa la restricción de calorías está muy documentada, pero lo que casi nadie menciona nunca es que también tiene su lado divertido. ¿Cuánta hambre se puede tolerar? ¿Cuánto placer puedo negarme? Estar a cargo del propio dolor proporciona un perverso placer.

Mi régimen extremo se convirtió en una lucha de poder contra mi madre, al igual que la extrema cantidad de maquillaje que me ponía o la extrema cuota de series que veía por la tarde. Entonces, la que rompía los platos era yo. Lo bueno de la obsesión con el peso es que me permitió relacionarme con otras chicas. Para entonces,